

# El universo por las siglas de las siglas: ECM

Pablo Espinosa

El profesor de música que fue Julio Cortázar sin proponérselo descubrió para el mundo que de repente la del Sena es también el agua tibia: nos reveló que la música no existe si nadie la escribe, si nadie la interpreta pero sobre todo si nadie la escucha.

Hasta Perogrullo se recuperó de la sordera momentánea cuando leyó *El perseguidor*. Johnny personifica el misterio de la música, pero nos enteramos gracias a Bruno, que más que un crítico de música es un escucha.

El papel de quien oye cobra su dimensión definitiva en cuanto escuchar música ha constituido desde tiempo inmemorial una obra de arte.

Porque no solamente compositores diferentes conciben la existencia de manera contrastante aunque escriban la misma obra, por ejemplo una sonata. Así también distintos pianistas la hacen sonar de maneras sorprendentemente diferentes aun tratándose de la misma partitura, esa sonata, la que todos acometan, pero sobre todo cada escucha percibirá de manera muy distinta esa misma obra, y la manera como suene ese mismo piano y lo haga sonar ese mismo pianista.

Así como cada lector tiene sus propios personajes en la cabeza que nunca coincidirán con la del actor o actriz que personifique la versión filmica de la novela, cada escucha tiene su propio concepto de lo que significa, sobre todo para esa persona en particular, la obra de determinado autor.

Por ejemplo la obra de Mahler para algunos será bombástica, culebrona, mientras para otros atraerá dosis semejantes de ironía y toques eléctricos que conduzcan a lo sublime.

Sin los párrafos anteriores, referirnos a las cuatro décadas y un titipuchal de dis-

cos que cumple el sello alemán ECM, cuyo festejo incluye la publicación de un libro-arte, nos estaríamos refiriendo solamente a eso, a una disquera y a la aparición de un libro.

Tener en cuenta los conceptos anteriores, en cambio, conlleva una convicción y una certeza: las siglas ECM constituyen toda una poética, una manera diferente de escuchar la música, inclusive de mirar el mundo, pues la irrupción de esta modesta industria cultural independiente en Alemania hace cuarenta años ha influido a tal calado que, por citar un ejemplo solamente, el maestro Jean-Luc Godard sostiene entre sus herramientas desde hace muchos años el arsenal de grabaciones producidas por ECM.

La película que tituló *Nuestra música* se emparenta de inmediato con el concepto ECM. Precisamente un texto de Jean-Luc Godard, en colaboración con Anne-Marie Miéville, es el primero de los veintiocho escritos que conforman el libro *Tocando el horizonte. La música de ECM*, editado por Steve Lake y Paul Griffiths en la editorial Global Rhythm bajo el título original de *Horizons touched: the music of ECM (Horizontes tocados)* y distribuido en México por Editorial Océano.

Enseguida de la burbujeante introducción de Steve Lake podemos leer el texto de Godard y de ahí un manuscrito de Manfred Eicher, el artífice, ideador, fundador de ECM y la lectura se convierte en un viaje fulgurante por todo el universo ECM: por igual ensayos sobre temas específicos que un fichero estupendo de todo el personal artístico, todos los grandes músicos que han grabado, graban y seguirán grabando obras maestras con Manfred Eicher.

Si queremos, podemos desarmar y volver a juntar las letras ECM y encontrar se-

mejanza con la fórmula de la teoría de la relatividad: ECM:  $E=mc^2$

En realidad significa Edition of Contemporary Music. Fue fundada en 1969 en Munich por el maestro Manfred Eicher (nacido en Lindau, 1943), asociado con Karl Egger.

Eicher había adquirido experiencia como ayudante de producción en un sello que ya era un referente y una garantía de calidad, en el territorio de la música de concierto: la disquera Deutsche Grammophon, y en otras compañías de grabación.

Al principio en ECM todo giró en torno al *jazz* pero de una manera diferente. De hecho el disco inaugural fue de *free jazz*, a cargo del pianista Mal Waldron.

Pero en realidad siempre se ha tratado de otra cosa. Todas y cada una de las producciones ECM escapan de los compartimentos estancos. De hecho en las tiendas de discos suelen colocar estos álbumes en la sección de *jazz*, aunque hay algunos títulos en el sector *world music* y otros en los de música “clásica” y otros más no saben en dónde ponerlos.

Más allá de lo que hace cuarenta años era conocido como *jazz*, los discos ECM siempre se han ubicado en un territorio más amplio, el de la música improvisada, en el arte de la improvisación sonora. Más todavía: en realidad el territorio ECM es el fértil campo de la imaginación.

Y el del espacio sonoro, aspecto hasta entonces no tocado. En sus colaboraciones con ingenieros de sonido como Martin Wieland y Jan Erik Kongshaug, el artífice Manfred Eicher consiguió mezclas de transparencia insólita, según explica Steve Lake, “en las que la naturaleza de la interacción musical se nos revela bajo una nueva y luminosa apariencia, cada matiz y cada



La flaca sublime, Carla Bley



Manfred Eicher en el piano de Keith Jarrett que lo observa



Otra flaca sublime: Meredith Monk

timbre tratados con exquisita belleza. Fue así como Eicher empezó a reestructurar el propio espacio sonoro”.

Ha seguido desde entonces Eicher, además de su instinto, su carácter de músico. Como contrabajista que fue, conoce el privilegio de fungir como mediador entre la sección rítmica y los solistas, para crear un centro tonal, manteniendo la pulsación de la música y completando la armonía. Propone un contexto para que pueda surgir la improvisación.

Pero no sólo las cuestiones de ingeniería ni las reglas musicales, la gran apuesta de Manfred Eicher es la consecución de un universo donde el cine, las artes plásticas, la literatura converjan y se amariden, todas, con el arte supremo, la música. Ese anhelo de arte total que ya había recorrido Richard Wagner.

No es gratuito entonces que los melómanos que abrevan en el gran repertorio ECM (más de mil discos a la fecha) son personas dotadas de una cultura amplia, variada, ecléctica. O bien son pintores, escritores, por supuesto músicos. Pero siempre personas conscientes de que el papel del escucha resulta tan fundamental como el de aquel que escribió la música y también quien la interpreta.

La manera como todo esto ha determinado un nuevo orden de cosas en el mundo melómano tiene varias formas de ob-

servarse. La más divertida, contundente y eficaz es la siguiente: uno puede comprar cualquiera de los discos que lleven el sello ECM y aunque no conozca al autor de la música ni a los intérpretes, siempre tendrá garantía de que se trata de un disco, una música y unos intérpretes de primerísimo nivel. Material que aportará caminos para ser mejor persona.

En los últimos cuarenta años, Manfred Eicher ha cumplido una labor digna de encomio: ha formado legiones, generaciones enteras de melómanos.

Gracias a ECM el mundo disfruta del prodigio de Keith Jarrett, conoce los misterios que anidan en el sax de Jan Garbarek, saben que un coro es capaz de milagros que ya casi nada tiene que ver con el concepto rebasado de los coros acartonados, merced al trabajo de Paul Hilliard con su Ensemble (que por cierto estuvo hace pocos días en México, para participar en el Festival Internacional Cervantino), y conoce senderos de misterios develados, sabe el escucha que puede abrevar de manantiales que hacen latir el mundo.

También, ECM ha triturado las fronteras, ha borrado las líneas innecesarias entre géneros. De manera que no necesita ser identificada como una firma disquera de jazz para mantener supremacía en tal terreno, ni poseer camiseta de rockera para tener en sus filas a Manu Katché, ese per-

cusionista formidable y cómplice de Peter Gabriel, a su vez otro gran descubridor de nuevas músicas.

Como no hay límites, el universo se expande en cada disco: he ahí a autores de culto como Gavin Bryars, he ahí a artífices del contrabajo más allá del jazz como el insuperable Eberhard Weber, ante nosotros una manera muy nueva y al mismo tiempo ancestral de usar la voz humana: Meredith Monk, esa flaca formidable, y hablando de flacas sublimes: la maestrísima Carla Bley, que es también ECM.

Cierto, hay discos bajo este sello que nadie puede negar responden por completo al término *jazz*. Pero siempre en atmósferas muy propias, muy únicas. *Jazz* europeo, también, pero hay una metafísica que todo lo eleva: una música unida al término Norte más allá de lo geográfico: es un estado del alma, una manera diferente de entender la vida junto a Kierkegaard, Ingmar Bergman, Ibsen, Munch, Strindberg y toda la estructura de bosque y niebla que implica lo nórdico europeo.

De hecho hay un largo ensayo que se ocupa de este apasionante tema, escrito por Michael Tucker, en este libro que en su totalidad implica 439 páginas, en gran formato y las portadas de los discos y fotos poco conocidas de los artistas ECM.

Cita Michael Tucker al escritor japonés Yanagi Soetsu, quien en su ensayo “La

puerta Dharma a la belleza” cuenta que en su trayecto de santuario en santuario, los peregrinos budistas lucían a veces sombreros de paja con el siguiente lema pintado o cosido: “En realidad, no existe ni el Este ni el Oeste: ¿Dónde están, entonces, el Sur y el Norte? La imaginación hace que el mundo parezca más cercano: la Luz, que se expanda por doquier”.

Esa cita explica el espíritu que anima todo lo que es ECM: prescindir de ideología para unir continentes y géneros, refutar las categorías y ofrecer un alimento, una luz musical, poética y espiritual que invita a abrazar nuevas ideas.

Músicos de Finlandia, Noruega, Dinamarca, Suecia escancian sus ideas, su música, en ECM, junto a músicos de otros puntos del planeta, para escandir una noción filosófica del Norte como concepto nítido y transparente, como las cuerdas del arpa de Iro Haarla, obra maestra ECM.

Hay una mística ECM, un orgullo de los músicos de pertenecer a una tribu, de cultivar una responsabilidad compartida, una manera de concebir la música que no se parece a ninguna otra y que ni siquiera se preocupa por ser única, original o la mejor. Porque la libertad, lo natural es el ingrediente esencial que los reúne.

A tal punto han desbordado las fronteras entre músicas, que hubo necesidad de crear un ámbito dedicado a territorios sagrados en cuanto remiten no a religiones sino a estadios espirituales aún superiores. Fue así como nació ECM New Series, en 1984 y fue así como muchos lograron ser mejores personas en cuanto la conocieron y no abandonarán jamás el placer supremo y la manera tan bella de adquirir conocimientos que es escuchando la música del estoniano Arvo Pärt, otro gran regalo ECM.

Y con Arvo Pärt llegó a Occidente, a través siempre de Manfred Eicher, la música de otros trasterrados rusos: Kancheli, Schnittke, Tormis, Silvestrov, Mansurian y Tüür. Música para iniciados, ciertamente, pero ya es tal la cantidad de discos con música de esos autores que los iniciados ya son legiones de personas cultivadas en los mejores valores, los que irradian toda esa música tan fina y exquisita.

Y así también llegó la música antigua de una manera diferente gracias a estos discos.

De hecho el álbum titulado *Officium*, de Jan Garbarek con el Hilliard Ensemble, es una de las improntas que ha logrado, junto con el álbum *The Köln Concert* de Keith Jarrett, el sello ECM para consolidarse como un ente fuera de serie en el planeta.

Pero ni *Officium* ni el *Concierto en Colonia* son música antigua ni jazz. Ambas son música libre. El primero nació, sí, de la música antigua, y el segundo del jazz pero ambos como una manera nueva, profunda y plena de entender el concepto del arte de la improvisación musical.

Así como hay una mística en los músicos, hay una serie de constantes distintivas. Entre ellas, que ningún artista aparece en portada, a diferencia de otras disqueras que necesitan de iconos para figurar. Es como una verdad consabida: lo que importa es el resultado sonoro. Sin buscar el dinero, la prosperidad y la abundancia viajan de la mano de la claridad de lo que se quiere: hacer buena música, fructificar proyectos valederos. Y si las ganancias monetarias son consecuencia lógica, pues sirven para nuevas producciones, simplemente.

Y así hay producciones filmicas y teatrales, y de literatura. Además de Godard, otros cineastas ya inmortales forman parte de la tribu ECM. Otra impronta es la música de Eleni Karaindrou para las películas de Theo Angelopoulos, o bien el filme que captura a Bruno Ganz —ese ángel de Wim Wenders— en una lectura de poemas de

Iorgos Seferis (y del mentor de éste, T.S. Eliot) con fragmentos de obras de Nikos Xidakis, Gyorgy Kurtag y Giya Kancheli.

Gran música, gran libro. Entre los muchos tesoros que esconde este libro-arcón, tenemos un texto de Keith Jarrett: “Inside Out: ideas sobre la improvisación libre”, por supuesto un escrito de Manfred Eicher, y testimonios de una buena cantidad de músicos-leyenda, integrantes de la tribu ECM.

El mundo es cada día mejor porque siempre hay nuevos discos ECM al alcance de la mano. Los hay de repertorio, de catálogo y también los hay flamantes. Todos flameantes.

Cuando alguien quiera terminar con una de esas discusiones de coctel, si el tema es quién merece el Premio Nobel de la Paz. Basta con mencionar el nombre de Manfred Eicher para que los circunstantes callen e inclinen la cerviz.

Lo cual hará botarse de la risa al alemán, que ni premios necesita. Haber logrado cambiar al mundo para bien con los más de mil discos que ha producido en los últimos cuarenta años es un premio que pocas, muy pocas personas pueden conseguir en una vida.

Sencillamente porque el premio consiste en la felicidad de los miles y miles de escuchas que nos hemos beneficiado con tan bella misión de amor en todos estos años.

Larga vida al universo ECM. **U**



Arvo Pärt durante la grabación de uno de sus discos ECM